

# DON QUIJOTE

ESTE PERIÓDICO SE COMPRA. PERO NO SE VENDE

Redacción y Administración: Luisa Fernanda, 13, Madrid.

Fundador: EDUARDO SOJO

SE PUBLICA LOS VIERNES

## ¡DENUNCIADOS!

Ha sido denunciado el último número de DON QUIJOTE.

¡Muchas gracias, señor fiscal!

## EL NUEVO GOBIERNO

Se acabó la crisis, que todo tiene fin en la vida, y he aquí que, por obra y gracia de Sagasta, tenemos otra vez de ministros á los acreditados Amós, Puigcerver y Eguillor. Con la entrada de estos tres señores en el Ministerio, bien puede asegurarse que se ha salvado el país. ¡Cinco días de crisis, y parir hija! ¡Qué decadencia la de don Práxedes!

El viejo jefe del viejo partido liberal no pierde el humor con los años. La última crisis es una broma más; es un chiste más de ese molesto anciano. Encargado de formar un Gabinete, ha formado una cocina con su *jardin* y todo. ¡Pero, con tal de continuar en el Poder, qué más le da á él vivir en un gabinete que en una cocina! La cuestión es ir tirando, como diría el susodicho D. Práxedes, en su lenguaje plebeyo.

\* \*

Tenemos nuevo Gobierno.  
Escupamos.

¡Es nuestro modo de saludar!

## POR PUDOR

El principio del mal ha revestido en la humana fantasía, formas variadísimas, ya ridículas, ya terribles. Es el Schiva indio, deidad maligna y destructora. Es el Tifón egipcio, siniestro delinciente, matador de Osiris. Es el Ahirmanes persa, dios de las tinieblas, que comparte con Ormuz el imperio del mundo. Es el Moloch fenicio, monstruo de crueldad, que exige el sacrificio de inocentes víctimas. Es la Gorgona clásica, con su cabeza erizada de serpientes que petrifica al que la mira. Es el Satán cristiano, el ángel rebelde de hermosa grandeza trágica. Es el Mefistófeles de Goethe, sutil, razonador y sarcástico. Es el travieso Asmodeo, enredador y entrometido. Es el señor del Aquelarre, lascivo y brutal. Es el duende, el endriago, el trago, el vampiro, el vestigio, el brujo, el mágico, el hechicero... Lo verdaderamente extraordinario ha sido que el principio maléfico encarnara en un viejecillo, de aspecto apacible y sonrisa bonachona, con todo el aire de un antiguo y benemérito funcionario del ramo de loterías.

España ha presenciado esa encarnación. Comparar al bueno de D. Práxedes con los monstruos de la fantasía y de la leyenda, parece exageración desmedida. Si se atiende á los hechos, se ve la hipóbole convertida en realidad. Jamás ser malévolo hizo en el mundo tanto mal. Terrible habría sido el fracaso del profeta que, anticipando con prodigiosa visión los acontecimientos, hubiera osado vaticinarlos hace algunos años. El nos hubiera dicho: «Veis ese modesto anciano, de continente inofensivo y plácido, predicador de la concordia y zurcidor de voluntades! Pues todo cuanto una nación puede perder, lo perderá España en sus manos. El esterilizará los esfuerzos hechos por tres generaciones en defensa de la libertad. El enseñará el arte de gobernar despóticamente bajo leyes democráticas. El desarmará con sus artimañas la protesta radical, que es una solución y una esperanza. El convertirá en impuro compadrazgo la lucha de los partidos. El colaborará con sus cofrades en el secuestro fraudulento de la soberanía nacional. El hará de la seducción corruptora un instrumento de gobierno. El sofisticará toda reforma, é inutilizará todo conato de redención. Bajo su mando, y en buena parte por su culpa, se consumará el desastre en que han de hundirse en el abismo fortuna, colonias y honor.» ¡Mal año para el augur que tal entonces anunciara!

La política de Cánovas durante los primeros años de la Restauración, fué absurda y tiránica, pero leal y varonil. Todo cambió desde el momento en que el compadre Mateo entró á com-

partir el turno legal. Su maquiavelismo de escalera abajo obra maravillas. ¿A qué afrontar la revolución? Más valía desarmarla con palabras y apariencias. ¿A qué oponerse á las aspiraciones democráticas? Más valía proclamarlas en la ley para sofisticarlas luego. ¿A qué pelear por el goce del poder? Más valía ocuparlo alternativa-mente en paz y en gracia de Dios, repartiéndose el presupuesto como pan bendito. ¿A qué tener enemigos? Más valía hacer á todos los apetitos un lugar en el festín, ensanchando al efecto la mesa. ¿A qué declararse amigo del clericalismo? Más valía servirle de hecho que de nombre. ¿Resistir, combatir, contrastar? ¿Ceder, reformar, transigir? No, sino sofisticar, engañar, seducir, corromper. Un virus jesuítico se infiltró hasta las entrañas mismas de la vida pública. El propio Cánovas, á pesar de su descomunal presunción, reconoció en este punto la superioridad del compinche y se declaró su discípulo. Bajo el imperio deletéreo de la mentira, el espíritu nacional, saturado de escepticismo, cayó en una prostración extrema, de la que acaso nunca convalecerá.

Tomad á un progresista y amputadle de raíz su ingénito candor, la fe, el entusiasmo, el patriotismo sincero y un poco pueril, el hondo sentido de la consecuencia y de la moralidad política. Sagasta es el residuo que resulta de la operación.

De la política vieja que por excelencia representa, conserva todos los defectos y ninguna de las virtudes. Su obra entera es puro verbalismo, palabras, *flatus vocis*, apariencias, nada. De su paso por el Gobierno, no quedará en el país una sola realidad viva. Conservar su jefatura ha sido á sus ojos el fin supremo. Toda la substancia de su política ha consistido en oponer unos á otros los discordes elementos del desquiciado fusionismo y en inutilizar á sus rivales. De aquí los Gobiernos de ponderación de que ahora abomina Montero. El espíritu de partido, en lo que tiene de más estrecho, es la musa de ese pretendido estadista. Su lema fué siempre sacrificar el interés público á los intereses parciales, ganando amigos á costa del país. La Unión Nacional debe felicitarse de tenerle enfrente, porque su sombra es, como la del manzanillo, mortal para las causas que apadrina; testigos Maura y los manes de Cassola. Los deberes de la oposición no le merecen más respetos que los del Gobierno. Quiere el poder por el poder. Aspira á gobernar sin objeto, sin fin, sin plan, sin programa, sin compromisos, sin ofertas, sin ganarlo, sin pedirlo, por que sí, por su linda cara, porque no hay otro; acaso en premio del servicio que nos prestó desembarazándonos de las colonias. Hasta su aparente desinterés es egoísmo; y cuando rehúsa el poder da prueba de querer sólo su bien propio. El tiempo que ese hombre gobierna, cuando no por un gran desastre, debe ser señalado por un cero, por una página blanca en los anales de la evolución nacional.

Asombra cómo semejante personaje ha llegado á tales alturas. Con ser tan desmedrada la talla de nuestros políticos, todavía la suya se distingue entre ellos por lo exigua. Nada hay en él que le levante un dedo sobre el nivel de la vulgaridad. Su altura de pensamiento corre parejas con su firmeza de carácter. Por lo demás, no tiene idea. Es un cacique local metido á estadista; cacique de caciques, como los despotas orientales se llamaban reyes de reyes. Su elevación da la medida de lo que nuestra política alcanza.

La madre España se hizo pedazos en sus manos. No existe hombre de ánimo tan esforzado que no le espante la sola imaginación de que pudiese haberle á él acaecido tamaña desventura.

Es ella tal que no puede hallar consuelo sino en el seno de la muerte. Cánovas lo dijo poco antes de su trágico fin: «Si en mis manos perdiese España sus colonias, semejante calástrofe implicaría para mí la muerte política, si es que no la muerte definitiva.» Lo menos que se imponía era la retirada definitiva de la vida política. Sagasta sigue al frente de los suyos, dispuesto á gobernarlos de nuevo como un jerifalte. Ni el peso de la conciencia le abruma, ni le preocupa el fallo de la historia. A raíz de la *debacle*, todos los hombres públicos de todos colores convinieron en que era indispensable cambiar de rumbo. El no. La gran caída nacional no le ha inspirado ni una

palabra de arrepentimiento. ¿Qué más? Hasta ha osado vanagloriarse de que en el diluvio universal, atendió á salvar lo existente. Ejemplos tales de inconsciencia sólo los ofrecen los tratados de Psiquiatría.

Entre todos los hombres funestos que tanto abundan en la historia política de nuestro desgraciado país, no hay uno solo, incluso Godoy, incluso Olivares, que haya causado á la Patria males mayores. ¡Y ese hombre sigue siendo, á pesar de todo, el *ilustre* jefe del partido liberal! ¡Y en ese hombre se cifra nuestra esperanza! Entre la Patria deshonrada, desangrada, arruinada, moribunda, y él, que la condujo al abismo, no hay ya unión moralmente posible. La veda un impedimento de pública honestidad.

ALFREDO CALDERÓN

## LA CONSECUENCIA

En polémicas ardientes, que la pasión alacora, los políticos ahora se tachan de «inconsecuentes».

Esta ruda acusación, que como pelota va, en distintos puntos da del político frontón,

y en juego asaz importuno, que á todos cansa y hastia, el uno al otro la envía y el otro la vuelve al uno,

que aquí, para hacerse el bú; el tema siempre es igual. El uno: —Tú eres un tal. El otro: —Más eres tú.

—No debe un hombre de pro ser inconsecuente así: tú ayer has dicho que sí y hoy nos has dicho que no.

—Yo de mí cambio me alegro, pero tú sal del atrapeo, cuando has dicho ayer que blanco y hoy nos sostienes que negro.

—Tú eras ayer federal y hoy eres ultramontano. —Pues tú eras republicano, hoy tocas la Marcha real.

Y en esta inútil cuestión el tiempo pasa y se pierde, sin que ninguno recuerde lo que importa á la nación,

que, viendo crecer sus males, reniega de tal pendencia y saca la *consecuencia* de que todos son iguales.

¿Qué importa para ese afán y ese desconcierto hostil, que Blas se llame ahora Gil y Gil se llame ahora Blas,

si al hacer tal variación sigue siendo el mismo hombre y cambia sólo de nombre sin cambiar de condición?

Quien no ha de tomarse chanza esa discusión raquítica, cuando aquí ya la política es solo una contradanza,

en que todos se colocan donde les lleva el azar, y cambiando sin cesar, bailan... al son que les tocan?

¿Quién ha de mostrar fiereza por cosa que ya da risa, si hay quien cambia de camisa política... por limpieza?

si hay quien muda de opinión porque un acta no ha obtenido, y hay quien cambia de partido para llamar la atención;

si los que eran dos amigos que se amaban tiernamente, hoy se colocan enfrente como fieros enemigos,

y los que, con arrebatos, se denostaban ayer, hoy se abrazan con placer comiendo en el mismo plato?

Aquí, para nuestro mal, no hay, después de tanta arenga, político que no tenga el tejado de cristal.

pero de estos alborotos, lo más triste, en conclusión, es que siempre es la nación quien paga los vidrios rotos.

Por eso si, con descoco, ellos se injurian así: —No hubo *consecuencia* en ti. Pues en ti no la hay tampoco.

El país, que está en un tris, dice al ver tales pendencias: —Si aquí no hay más *consecuencias* que las que sufre el país!

PÉREZ Y GONZÁLEZ

## EN LA PLÁZUELA

Eran las siete de la mañana, hora de mercado en todas las plazuelas de Madrid, cuando yo atravesaba la del Carmen, no á título de madrugador, sino en clase de vecino trasnochado, deleitándome con el pintoresco espectáculo por ella ofrecido en aquel instante de alegre barullo y de regocijadas transacciones. Madrid entero, con el estómago vacío y la boca abierta de par en par, aguardaba el retorno de sus emisarios para satisfacer su apetito, reparar sus fuerzas y proseguir su vida de amarguras y de placeres, de ambiciones y de engaños, de esperanzas y de decepciones. La asendereada cortesana se desperzaba sobre su lecho dispuesta á engullirse el desayuno.

Y á fe que era la plazuela modelo á propósito para las impresiones de un pínel colorista. Las vendedoras al por menor, con el pañuelo de percal al cuello, la falda recogida y el cesto de legumbres en la cadera, atravesaban por entre los grupos voceando su mercancía y metiendosela por los ojos á los transeúntes; tabajeros, pescaderos, frutereros y verduleros, se desgañitaban en sus puestos respectivos para atraerse los favores de la parroquia; las señoras, con la mano en la cadera y con el pensamiento en la sisa, regateaban el precio de los víveres, volviendo amorosamente los ojos hacia el soldado ó el criado que la servía de escolta saboreando la esperanza del futuro almuerzo y de la diaria cajetilla; tipos miserables, con más hambre en el cuerpo que monedas en el bolsillo, bordeaban de cuando en cuando los bulliciosos grupos para constituir la nota triste en aquel concierto de apetitos voraces; y de todas partes salían á la vez gritos, interjecciones, cuchufletas, ruido de plata que se cambia, de calderilla que se cuenta, de acero que desgarrá la carne y de carne partida que cae á golpe sobre el mostrador. Aquello era un himno, himno vibrante y estruendoso, entonado por la multitud ante el estómago de una ciudad.

Yo contemplaba el espectáculo con ojos distraídos, y no hubiera salido de mi distracción en mucho tiempo á no sacarme de ella una figura que contrastaba por modo absoluto con aquel enjambre de pañuelos de soda, de mantones de color, de risas francas y de rostros felices. Era esta figura la de una religiosa, que sujetando entre sus manos un saco de lana se detenía frente á los puestos, más como quien suplica que como quien contrata.

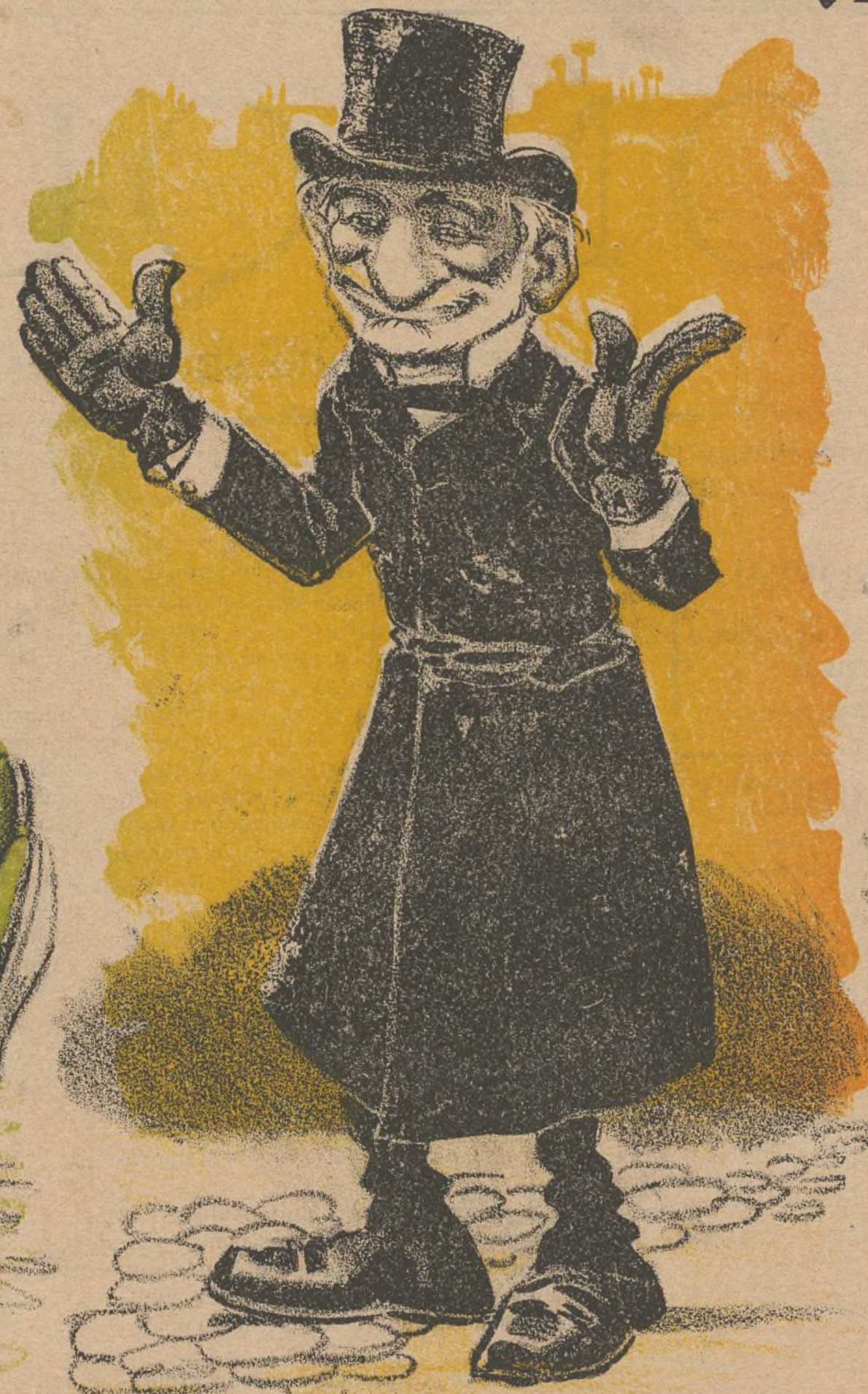
Yo soy enemigo declarado de las instituciones religiosas; encerrarse entre cuatro paredes para vivir la vida egoísta de la contemplación y del aislamiento, me ha parecido siempre digno de estigma y de censura. La castración moral, el olvido del sexo y el odio al mundo, son determinaciones criminales si para violentarlas se adoptan, estériles é ineficaces locuras del espíritu; cuando horradamente se acometen y cumplen; pero en mis hostilidades hago una excepción para las religiosas mendicantes y para las hermanas de la caridad. ¿Por el hábito que visten? No; por los oficios que desempeñan; socorrer al menesteroso y aliviar al enfermo son actos que, realizados quien los realice, merecen el aplauso de todo el mundo



# DON QUIJOTE HISTORIA DE LA CRISIS



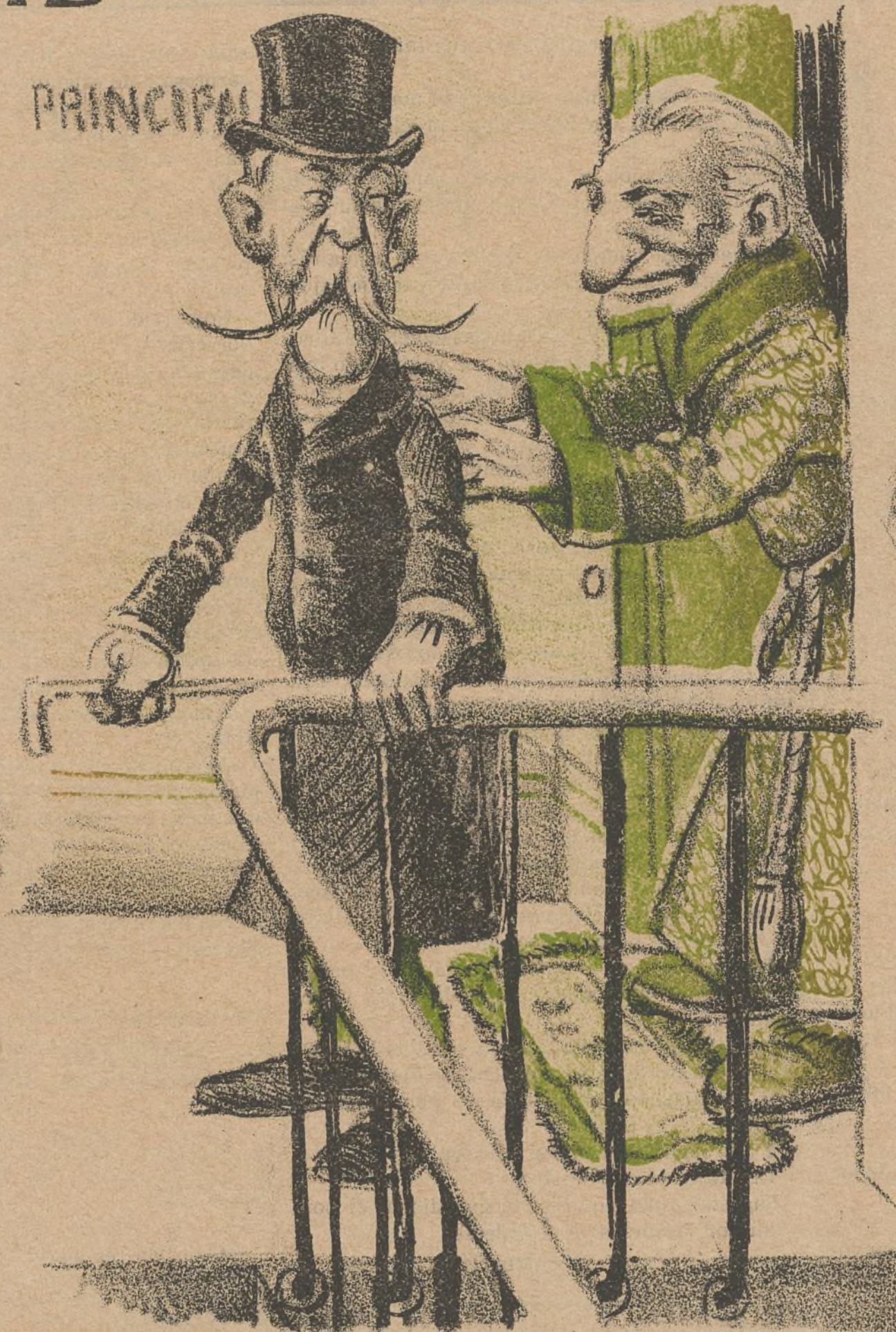
Sagasta.—Pues señor, no tengo más remedio que declarar la crisis.  
¡Mecachis en Canalejas!



—La Corona me ha honrado una vez más con su confianza.



—Amigo Romero, pida usted por esa boca, usted ha de ser con nosotros  
en el reino del presupuesto.



—Amigo D. Segis, hágame usted el favor de visitar en mi nombre á  
López Domínguez y á Tetuán, y de decirles que cuento con  
ellos para formar Gabinete.



—Tienen ustedes razón, señores: ni Romero, ni Tetuán, ni López  
Domínguez, deben formar parte del nuevo Gobierno.



—Pues amigo Romero, no hay nada de lo dicho, acepte usted este  
puntapié y hágame el favor de darle otro en mi nombre a López  
Domínguez y otro al Duque de Tetuán.

—Mis queridos amigos, he decidido formar un Ministerio de notables  
y por eso les he llamado.



—¡Todos me han dejado solo! ¡Nadie quiere perder la cesantía!



—Nada, no tengo otro remedio que llamar en mi auxilio á tres Suárez,  
cualquiera. Eguillor, Amós, Puigcerver... ¡Tres nombres para llenar  
tres huecos!



Sagasta desde adentro: ¡Ya tengo Ministerio! ¡Ahora á obrar!



De una religiosa mendicante se trataba entonces; pertenecía á esas congregaciones que imploren la caridad pública en beneficio de los pobres y desvalidos, y en tal faena se empleaba cuando llegué á verla y á sentirme atraído por la expresión humilde y resignada de su rostro.

Buena ocasión sería esta de describir á la mendicante para un romántico, el cual diría seguramente que era bella, que la blanca toca encuadraba á maravilla en su rostro pálido y enflaquecido por los desengaños de la tierra y por las privaciones del claustro, que su imagen reunía á los encantos de la mujer, los contornos puros y seráficos del arcángel. Buena ocasión para lucirse describiendo líneas y contornos estatuarios, pero yo soy amante de la verdad y debo decir que la religiosa era fea, muy fea.

Su cuerpecillo, enclenque y mal configurado, sólo dibujaba ángulos y deformidades en el parduzco manto de estameña que lo cubría, y la toca negra plegándose artísticamente sobre sus sienes, para caer á lo largo y formar un estrecho nudo en la garganta, dejaba al descubierto un cutis picado de viruelas, una nariz larga y torcida, una boca de labios estrechos y desiguales, unas cejas desdentadas y una barba prominente y aguda; sólo sus ojos, desprovistos de pestañas, brillaban con dulzura infinita entre sus párpados. La infeliz mujer estaba coja á mayor abundamiento de fealdades.

Mientras yo la miraba, ella se detuvo frente al puesto de un tablaiero, hombre robusto, de fisonomía plétórica, de ancha frente y hombros hercúleos, el cual, con el veloso pecho descubierto por la abertura de la desabrochada camisa, remangados los brazos y empuñando una enorme cuchilla, descuartizaba una vaca, arrojando sobre el mostrador pedazos de carne ensangrentada y fresca.

La monja, metiéndose por entre los parroquianos, se encaró con el tablaiero y le dijo con tono humilde y voz cariñosa:

—¿No hay nada para los pobres?

El tablaiero alzó la vista, miró á la religiosa de arriba abajo y, encogiéndose los robustos hombros, prosiguió su tarea sin responder una palabra.

—¿No hay nada para los pobres, amigo mío?— repitió la monja, adelantando un paso.

—Para los pobres!— repuso el carnicero sin dejar su puesto y apoyándose brutalmente en el cuchillo—. ¡Para los pobres! ¡Para vosotras, queráis decir, brujas! ¡Si te figuraras que no os conocemos aquí y que vais á engañarnos como á tontos! ¡Cuidado si tienen gracia estos demonios de mujeres! ¡Para los pobres! Para engordar vosotras y engordar á los frailes; eso es lo que haréis, y á los pobres que los parta un rayo. Digo que no hay nada; ¡á engañar infelices á otra parte, que aquí os han conocido!

Y cuidado—añadió volviéndose hacia la gente que rodeaba el puesto—, cuidado si es fea la chupacabras; parece una cucaracha sin patas!

La gente soltó una carcajada de burla, y la religiosa, impassible, tranquila como si no hubiese escuchado la afrenta, repitió de nuevo con voz serena:

—¡Por caridad, señor!

—¡Pero aún está usted ahí?—gritó el tablaiero—. ¡No le he dicho á usted que se vaya? Ea, ¡largó de aquí!

La mendicante siguió en su sitio contemplando al hombre que la insultaba, y éste, enfurecido por aquella muda oposición, exclamó adelantándose hacia el mostrador:

—¡Largo de aquí! ¡Fea, asquerosa, chupalámparas, beata, carlistona, vieja pedigüeña, insolente!...

La monja recibió aquel torrente de injurias con los ojos bajos y la vergüenza en las mejillas y cuando su detractor puso término, por falta de resuello, á tan grosero vocabulario, le dijo con voz dulce y clavando en él sus pupilas henchidas de compasión y de ternura:

—Bueno, todo eso es para mí; y para los pobres, ¡qué me da usted?

El tablaiero se puso livido, retrocedió dos pasos, vaciló sobre sus pies como si hubiese recibido un mazazo en la cabeza, y cogiendo un trozo de carne, el más grande, el más sano, el más jugoso, se lo arrojó á la monja y murmuró mientras le volaba la espalda con vergonzosa brusquedad:

—Tomé usted, hasta mañana.

JOAQUÍN DICENTA

## LA COSTURERA

Yo me llamo Pilar; tengo veinte años; me han dicho muchas veces que soy linda, y vivo en sotabanco, á tal altura, que sólo queda el cielo más arriba. Me paso alegremente la existencia cosiendo calzoncillos y camisas... monótona labor que me produce de seis á siete reales cada día. No como nunca carne; ¡está tan cara! no tengo más que un traje de lanilla, ni quiero más amor que el del trabajo, que el día que me falte me fastidia.

Cuando, muerta de frío, por la noche, á la luz vacilante y mortecina de la vela de sebo que me alumbraba, puedo ver la tarea concluida y me meto en la cama, comparable á los chorros del oro por lo limpia, tomo un vaso de leche adulterada, que es todo mi regalo y mi delicia, y durmiendo tranquila y satisfecha disfruto un sueño igual al que tendrían los ángeles que cantan en la gloria, única vecindad que tengo encima.

Hace unas cuantas noches, cuando salgo de entregar la labor, junto á la esquina, me asalta un caballero respetable por su cabello blanco y sus patillas. Me habla de muchas cosas: de pendientes y chalets y vestidos y sortijas, y dice que es tan fácil adquirirlos, que los puedo tener cuando los pida. ¡Miserable canalla! ¡Quiere, en cambio de esas joyas y galas que me brinda, que abandone este ajuar, que representa un capital de insomnios y fatigas, y el sublime placer, el santo orgullo que siento al concluir cada camisa, y el sagrado recuerdo de mi madre, que, al verme honrada, se murió tranquila!

SINESIO DELGADO

## POLÍTICA PRÁCTICA

—Mi teoría es muy sencilla, como todas las grandes concepciones, dijo aquel buen señor arrojando un terrón de azúcar en el fondo del vaso.

—Venga esa teoría.

—Allá va: supongo desde luego que la mujer no existe.

—¡Caramba!

—No existe. No hay más que hombres, todos los cuales son iguales exactamente.

—¡Canastos!

—Exactamente. Esos hombres expresan su voluntad, y lo que acuerda la mayoría se hace, y boca abajo todo el mundo.

—Pero...

—Boca abajo todo el mundo: la familia, la Universidad, el Municipio, la región, el taller no tienen otra representación que lo que dice la mayoría. La mayoría es siempre ilustrada y buena, y si pide la tiranía, se le da, y si pide la revolución, también se le da.

—¿Cómo?

—Como sea, pero se le da. Igual que si pide la luna.

—Señor mío!

—Todo en teoría. En la práctica el Gobierno saca mayoría también, como puede, y los particulares se agarran, si tienen alabas, y si no se hunden.

—¡Eso es un absurdo!

—¡Un absurdo! Pues mire usted, es el punto de partida de todos los partidos políticos españoles.

## ¿Qué bebida prefiere usted?

SAGASTA.—Agua regia.

MORET.—Agua del tercer depósito.

VILLALBA.—Leche de viejas.

AZCÁRRAGA.—¡Sangre!

ROMERO ROBLEDO.—Peleón

LÓPEZ DOMÍNGUEZ.—Agua de cerrajas.

ALMODÓVAR.—N. P. U.

SILVELA.—Agua de Santa Agueda.

PIDAL.—Benedictino.

MONTILLA.—Agua menores.

VEGA ARMILLO.—Aguatrás.

MONTERO RÍOS.—¡Chocolate!

PULIDO.—Aceite.

CAPDEPÓN.—Agua de vegetal.

WEYLER.—Café económico.

PUIGCERVER.—Agua de Carabaña, para prepararse el estómago.

VERAGUA.—Anís del Toro.

MERINO.—Licoroto.

MONARES (¡que aún vive!).—Licor del Polo.

GROIZARD.—Manzanilla (en infusión).

URZÁIZ.—Vingre.

EL NUNCIÓ.—Licor Pucheta.

SUÁREZ DE FIGUEROA (cualquiera de los dos hermanos).—Málaga.

PRIMO DE RIVERA.—Agua de Colonia.

RUSINOL.—Burdeos.

COMILLAS.—No bebe de nada; pero come de todo.

## DON TANCREDO

Alemania remite á España sus objetos industriales y sus ingenieros...

Francia, todos sus perfumes, todas sus riquezas de fantasía y todos sus couplets y coupletistas avariadas.

Inglatera, sus carbonos y sus inimitables ferreterías.

Todas las naciones extranjeras mandan á España algo útil, algo beneficioso, práctico y necesario.

España manda al extranjero, aparte aquello que los extranjeros se llevan con su cuenta y razón, sus... toreros.

Una larga cuerda de artistas con pelo atrás, barrigueta echada hacia adelante y ternito ajustado á las caderas.

Entre los que este año han pasado el Atlántico, está el célebre D. Tancredo, ese valenciano buscavidas, que se ha empeñado en ponerse rico á costa de su pellejo y de la candidez de los pueblos imbeciles.

D. Tancredo, apenas desembarcó en la Habana, camino de Méjico, se vió asediado por las más conocidas señoritas y los más conocidos señores de la que fuera la perla de nuestras Antillas, para que estampara su firma en las tarjetas postales que le ponían delante.

—Pero...—dicen que dijo D. Tancredo, con la mayor extrañeza—, ¡no ha cambiado esto de amor?

—Sí... pero seguimos siendo españoles. Tan tontos y tan imbeciles como éramos antes.

Todos los pueblos, en estos tiempos que corremos, dan que hablar.

Hasta Marruecos está ardiendo en guerra civil porque al Sultán le ha salido un competidor.

El pueblo boer manda á sus generales más valerosos á que le conquisten simpatías y dinero.

Los alemanes mandan á Inglaterra á su emperador para que concierte la taja que se habrán de llevar en la hora del reparto.

Italia apresta sus buques para llamar al orden á los turcos y recabar preponderancia en el mundo.

Los españoles... remitimos á nuestro D. Tancredo para que dé fe, en aquellas que fueron nuestras colonias, de que todavía no hemos escarmentado.

Y que seguimos como si tal cosa.

Tan Tancredos como antes.

Sugestionando ó queriendo sugestionar el porvenir con discursos y cuchufetas.

J. RODRÍGUEZ DE LA ORDEN

## HISTORIAS DE LOCOS

### Un desnudo de Rubens.

El loco había sacado la cabeza por entre los barrotes de la ventana y me llamaba suplicante:

—¡Caballero! ¡Si quisiera usted hacerme el favor de oírme unos momentos!... Dos palabras, sólo dos palabras. Tengo que revelarle á usted un secreto importantísimo. ¡Oígame usted, por Dios!

Y con acento misterioso añadió en voz baja:

—Que no se entere nadie, que nadie escuche lo que voy á decirle. ¡Me va en ello la vida! Caballero, yo soy un miserable, un vil asesino... ¡Yo he matado á mi mujer!

Y tapándose la cara con ambas manos, como si se sintiera horrorizado de sí mismo:

—¡No merezco perdón de Dios ni de los hombres!

Instintivamente retrocedí unos pasos, asustado.

—¡No! ¡No se marche usted! Tengo que contarle toda la historia... ¡Tengo que justificarme! ¡Le digo á usted que tengo que justificarme!

Hizo una pausa, y después añadió:

—Pues verá usted. Yo estaba muy enamorado de mi mujer. ¡Cómo no sentir el amor ante tal maravilla de la Naturaleza! Yo soy pintor y he tratado muchas veces de copiar su hermosísima figura. Pero siempre el modelo resultaba superior al cuadro. No puedo tampoco describírsela con palabras, porque no las hay que den idea de lo que era aquel prodigio de encantos y de gracias. Era la Mujer. Era la Belleza.

Y nos casamos (¡qué dicha!), y nos casamos. Fuimos á pasar la luna de miel á una de mis posesiones, situada en un pueblecillo inmediato á Toledo. Yo puedo asegurarle á usted que la felicidad no es una mentira. Yo he sido feliz, como no lo ha sido nadie en el mundo, por espacio de dos meses seguidos, día por día. El hombre que ha poseído á la mujer de sus amores no tiene derecho á negar la felicidad.

Pero vino el invierno y con el invierno el frío, decidimos abandonar el campo e ir á pasar nuestro idilio por la hermosa Italia, por el divino país del arte. ¡Nosotros creíamos que allí íbamos á querernos más, que allí íbamos á ser más dichosos todavía. Y allí, en la poética Florencia, ocurrió nuestra desgracia.

Visitábamos el museo de Dei Office.

Ya le he dicho á usted que yo soy pintor, y, según la gente, pintor muy notable. Mi mujer sentía el arte tanto como yo, y nos pasábamos las horas y las horas en la contemplación de los admirables lienzos de que está lleno aquel museo.

Pues bien; una tarde entramos en una de las

salas destinadas á Rubens. Imagínese usted mi sorpresa y mi espanto y mi indignación. Uno de aquellos lienzos representaba á una mujer desnuda. Y aquella mujer—¡oh, no tengo duda alguna de ello!—era una copia exacta de la mía.

Si, aquella era su cara y aquel era su cuerpo. Era ella, ¡toda entera! Sus ojos, su pelo, su boca, su nariz, su cuello, su seno, su vientre, sus piernas, sus piecitos, que yo había besado tanto.

Comprenderá usted que tenía motivos para volverme loco. ¡Rubens había visto á mi mujer desnuda, otros ojos que no eran los míos habían gozado de la contemplación de aquel cuerpo maravilloso! ¡Pero era esto posible! Mi cerebro no funcionaba bien, y dejé de pensar. Después no sé lo que hice. Saqué el revólver y disparé primero sobre mi Aurora y luego sobre el cuadro revelador de mi deshonra. Unos hombres me detuvieron y me llevaron no sé á dónde, y luego me trajeron aquí.

¡Por eso le decía á usted que soy un miserable asesino, que he matado á mi mujer! ¡Pero que no se entere nadie de mi desgracia, que no se entere nadie que estoy deshonrado!

Y luego, después de unos momentos de reflexión:

—Pero Rubens nació hace mucho tiempo y no pudo conocer á mi Aurora. ¡Cuántos años hace que nació Rubens! ¡Doscientos, trescientos, cuatrocientos años! ¡No! ¡No pudo conocerla! Pero la adiviné, y he hecho bien en matarla. ¡La adiviné!

Y el pobre loco corrió á refugiarse en el interior de su celda, llorando desesperadamente.

MIGUEL SAWA

## ANUNCIOS HUMORISTICOS

¡Jóvenes próximos á contraer matrimonio! Antes de «poner casa», visitad el gran establecimiento de muebles de **A. Vallejo, Alcalá, núm. 17.**

¡Medios de regenerar á este país! Pues obligar á cada ciudadano á que se asegure la vida en **La Equitativa de los Estados Unidos, Sevilla, 13.**

¡Por qué han hecho ministro á Puigcerver? Por haber regalado á Sagasta, días antes de la crisis, una caja de botellas de **Anís del Mono.**



**EL MAS FINO, EL MAS SUAVE QUE SE CONOCE**

Librito con 120 hojas, **15 céntimos.** De venta en todos los estancos de España. Depósito: Arco de Santa María, 23.

**PAPEL PARA FUMAR**  
**marca REPÚBLICA ESPAÑOLA**

Esmerada y pura fabricación Alcoyana. De venta en todos los estancos de España. Fabricante: Leopoldo Ferrándiz, Alcoy.

## CASTELAR

(Fragmentos de sus obras.)

En este libro se hallan comprendidos los mejores trabajos políticos y literarios del ilustre tribuno.

Un tomo de más de 200 páginas, con seis retratos de Castelar y artística cubierta, 3 pesetas. Para los corresponsales y suscriptores de Don Quijote, 1,50 pesetas. Los pedidos se harán á esta Administración. Pagos anticipados.

## CAMAS Y MUEBLES

LA GRAN BRETAÑA

Plaza de Santa Ana, núm. 1.

Sucursales: Fuencarral, 102, y Preciados, 7

VENTA Á PLAZOS Y AL CONTADO

## DON QUIJOTE

PERIÓDICO SATÍRICO

PRECIOS DE SUSCRIPCION

MADRID, un mes, 1,00 peseta; trimestre, 2,50; semestre, 5; año, 10.

PROVINCIAS, trimestre, 3 pesetas; semestre, 6; año, 12.

EXTRANJERO, año, 15 pesetas

Número suelto, 15 cts.; atrasado, 30.

A corresponsales y vendedores, 25 números, 2,50 pesetas.

Toda la correspondencia, así política como administrativa, á nombre de D. Miguel Sawa.

Imp. de A. Marro, San Hermenegildo, 32 duplicado.